

¿País de cafres?

Rafael Mojica García

Rector de la Universidad del Meta

Se dice que las naciones, como los hombres, marchan indefectiblemente por un camino trazado y que es en vano la lucha contra el destino. Otros opinan que no existe ese “fiat voluntas” o la predeterminación. Que Dios jamás dispone el fatalismo como vía, sino que por el contrario, nos dota de razón y de libre albedrío para que seamos hechura de nuestras propias manos. Hay pueblos que se inclinan por el amor o por el odio. Hay pueblos que prefieren la paz a la guerra. Hay pueblos que crean progreso o destruyen lo que tienen. Colombia es una nación que de debate, desde su cuna, entre estos extremos.

Compuesta por muchas regiones, siempre aisladas, que se desconocían entre sí, fueron armando falsos arquetipos sobre el resto de sus connacionales: el costeño flojo, el boyacense chichero, el pastuso bruto, el santandereano bravo, el caucano intelectual, el paisa industrial, el tolimense musical y el llanero libertario. Tan equivocada concepción se repite en todos los escasos ensayos sociales sobre nuestro pueblo.

En alguna ocasión, recorriendo la catedral de Sevilla entre sus naves me topé con el insigne escritor guatemalteco Miguel Ángel Asturias quien era soportado por una persona a cada uno de sus lados. Emocionado me acerqué a saludarlo y después de una breve presentación me dijo:

- ¿Y de dónde es usted?

Buscando una respuesta a la altura de un Nobel de Literatura, le contesté:

- De la tierra que Rubén Darío calificó de poetas y leones...

- ¡Ah sí! –me interrumpió - ¡de Colombia! ¡Ni lo uno ni lo otro!

Esa demoledora apreciación me hizo pensar en cuántos mitos quiere reflejarse el colombiano.

Por allá en 1959 llegaron a estudiar al colegio Carlos Arturo Torres, en Santa Rosa de Viterbo en Boyacá, dos costeños de Montería: Ramiro Salazar y Diego Hermosilla. ¡Pobres! Siempre se les veía enjutos doblegados por el clima del páramo soplando su vaho sobre las ahuecadas manos tratando de elevar su temperatura corporal. La mayoría de mis coterráneos los señalaban asombrados pues era la primera vez que veían gente de raza negra. En los recreos, los más pequeños se untaban saliva en los dedos índice e intermedio y raudos se los pasaban por los brazos o la cara a Salazar y Hermosilla, quienes, se fastidiaban con ese extraño comportamiento. Pues bien, los niños lo único que querían era cerciorarse de que no desteñían, ¡que no eran pintados!

Bogotá hacia 1960, comienza a ser la ciudad forjadora de la nueva Colombia, el crisol de una nueva raza. Gente de todos los departamentos emigra hacia Bogotá, a la sazón, la única ciudad colombiana que contaba con todos los servicios públicos: agua corriente y caliente, alcantarillado no desbordable, luz eléctrica las 24 horas del día, escuelas, universidades, el mejor servicio médico y el único y hasta teléfonos públicos, ¡en plena calle! El bogotano vestía elegante, si ser elegante es estar siempre de traje oscuro, tenía un agradable acento, saludaba cuantas veces se le encontrara, no repudiaba a los inmigrantes pero eso si se sentía muy superior a ellos: “gente decente de tierra caliente, ala”. Y soltaba una risita desdeñosa.

Aquí se forma una nueva cultura a los que si le cabía, por fin, la frase de un gran político, Jorge Eliecer Gaitán: “el pueblo es superior a sus dirigentes”. Bogotano incapaz de dirigir a sus paisanos, los choferes de taxi, quienes lo obligaran a renunciar cuando no quisieron aceptar la imposición del

uniforme para manejar sus vehículos públicos. En este acto se simboliza la fracción entre el pueblo y sus gobernantes. El pueblo que se niega a aceptar una orden que le ayudará en su presentación personal, que les agradara a sus usuarios y que le elevará su condición salarial y muy posiblemente su status social. El gobernante que conoce la necesidad y sabe cómo remediarla pero que quiere imponer su voluntad sin consultarla o dialogar con los beneficiados. División que desde siempre se ha mantenido en Colombia, con la variante que desde 1960 hacia acá se entiende aceptada si hay editorial favorable del diario “El Tiempo” o repetición en las emisiones de Caracol y RCN. A partir de 2010, las redes sociales por internet están remplazando a estos editorialistas.

Hasta 1980 el país fue más o menos parejo: la música nacional era la andina, la ideología política era liberal o conservadora, los platos típicos eran él único manjar, una industria incipiente, en fuerte atraso tecnológico, carencia de asistencia médica, poca educación, reducidas vías en cantidad y calidad, a espaldas del mar, ensimismados en nuestro ombligo, con un falso nacionalismo. Nacionalismo de papa criolla, pues mientras los transnacionales destruyen al país y acaban con el medio ambiente repetimos casi regurgitando y con gran orgullo “la comida colombiana es la mejor del mundo”.

Después de 450 años de no lograr solucionar la cuestión agraria, a pesar de haber hecho el intento con López Pumarejo y con Lleras Restrepo, se sigue diciendo que la solución está en el campo.

Todo debido a que el Estado colombiano no existe. Existen tres poderes: el ejecutivo, el legislativo y el judicial. El primero conformado por los políticos, el presidente, los ministros, los gobernadores y los alcaldes que gobiernan no por razones de Estado sino por afirmaciones personales. El Judicial compuesto por políticos, magistrados y jueces que imparten justicia lenta y desproporcionada según el grado de amiguismo, de influencia o de dinero que se acepte: “A los amigos la norma les favorece, a los enemigos las leyes los perjudican y al indiferente la legislación vigente”. El poder legislativo conformado por los políticos: casta desgastada que no ha sabido cuidar su propia heredad. Todos ellos, los poderes manejados por el ejecutivo pues éste es el que recauda el dinero y lo distribuye. Sería injusto afirmar que estas características son exclusivamente colombianas, no, las hay regadas por todo el planeta, como también lo sería el negar que hemos tenido grandes estadistas, jueces probos y documentados legisladores, pero no son la norma.

Carente, pues, el nacional nuestro de un Estado que le haga sentir orgullo, es decir, que le señale rutas y derroteros de grandeza se conforma con frecuentes y esporádicas manifestaciones de sus desdichas, a través de paros o plantones que significan entorpecer las actividades de sus connacionales lo suficientemente fuertes para que sean registrados por los medios de comunicación y de esa manera merecer la atención de los poderes públicos. Atención que de ninguna manera significa la solución sino una continua dilatación.

En el extranjero, el colombiano es un ciudadano ejemplar: respeta las colas de inmigración, le sonrío a la policía, no cruza un semáforo en rojo, paga cumplidamente sus impuestos, no arroja papeles a la calle y poco hurta en los supermercados. Aquí, dentro de la patria, sabemos que en la cola siempre se tiene un amigo esperando en los puestos delanteros; al policía le discute, le alega y le manotea; que no respeta señal alguna, que evade y elude los impuestos, pues cree, íntimamente, que cada peso que paga es otro peso más para los bolsillos de los funcionarios públicos; ensucian las calles, destruye cuanto bien público puede y el más honesto, se come una uva a hurtadillas en el supermercado ¿Por qué? Pues porque sabe que en Colombia la vigilancia es poca, que si se le vigila, el vigilante es cómplice, que si no lo es no existe sanción, si hay sanción es negociable y si no hay como negociar la hay como evadirla. Puede ser que esto no sea cierto en su totalidad pero así razona. La falta de seguridad jurídica la refleja con amargo humor: “los delitos en la justicia, dice socarronamente, si lo comenten de magistrados para abajo es prevaricato, si es de magistrados para arriba es cambio de doctrina”. Cualquiera pensaría, entonces, que es un pueblo rebelde y de constante revolución. En

primer lugar, no existe un pueblo colombiano. Hay muchos pueblos colombianos. Jamás ha habido, en su historia, un levantamiento nacional. Han existido pequeñas llamas que se extienden por la nación hasta lograr una relativa representación que bulliciosa o violentamente logra imponer su voluntad. Voluntad que se desbarata a la hora de ser aplicada pues carece de un plan. Sumercé, le decíamos los cundi-boyacenses exclusivamente a nuestros padres. Se extendió a los abuelos, a la esposa, después a los vecinos y a las queridas y por último a cualquiera al que queramos mostrarle sumisión. Al extranjero le causa gracia, al nacional signo de respeto. Doctor es otra palabreja que la colocamos con enorme facilidad. Doctor se le decía en la antigua Roma a los maestros de los gladiadores. En la edad media lo rescataron para sí los profesores universitarios, luego se utilizó para los graduados en Teología, Leyes y Medicina. Los anglosajones lo escalafonaron y sería un título para uso exclusivo de los médicos, los dentistas y los veterinarios. Pero la palabra es universalmente de gran respeto, lo que le parecía a los demás scholars, que sería impropio dejarle solo para los de la salud, así que crearon el PhD (Philosopher doctor). Doctor Filosofado, que al resto del mundo nada le dice, así que siguieron utilizando el doctor, pero al colombiano se le va la mano, saluda con ese título a cualquiera que use corbata, o que tenga un buen semblante, u ostente alguna autoridad. Los abogados le dicen doctor hasta al portero del juzgado. Pero lo grave no es el uso de la palabreja, sino que el no recibir tal trato es causa de molestia. Conozco más de un extranjero que al recibir esta sumisa manera de los colombianos, diga sin ningún reato: “el colombiano es muy fino en el trato”. Gusta la palabrita y ya le hemos exportado a Latinoamérica, al extremo, que el mejicano hincha más el pecho cuando le dicen “doctor” que cuando le repiten “licenciado”.

Regáleme un café, regáleme un almuerzo, regáleme su firma. Pedir regalado es la nueva moda del trato servil. Muestra de la baja autoestima del sector de la clase media y baja, agobiada por su dependencia más del favor ajeno que de su propio esfuerzo.

No quiero enredarme en uso del usted, el tú y el vos en nuestro trato pero es raro, muy raro, el colombiano que usa la conjugación adecuada cuando se sale del usted. Por eso mis paisanos de Boyacá cuando los tutean con el “¿Cómo estás?” responden con ironía: “bien, y qué tal ti, so gran vos”.

El colombiano no cree en la justicia pues no existe y la que hay es episódica y excepcional. Los representantes de la ley son los policías, los que le merecen poco respeto pues los consideran más aliados de los maleantes que de la gente honesta. La demora de los jueces y magistrados en fallar hace que la gente sienta esa actuación como impunidad y una nueva confabulación. El demandante sabe que no se fallará en un cuerpo de doctrina sino en la apreciación personal del juez y el demandado sabe que interponiendo recursos y manejando con habilidad el proceso, éste puede durar años. Sabe que los jueces piensan que mientras no haya muerto o preso los delitos en Colombia no se juzgan.

Estos comportamientos son los verdaderos causantes del temperamento violento del colombiano. No es hambre ni la condición social la causante de la violencia. Es la injusticia y mientras esta no se corrija seguiremos capeando el vendaval de las masacres, los grandes y pequeños robos, los multimillonarios desfalcos al estado, el irrespeto a los hombres de bien.

“Sin embargo, dice García Márquez, frente a la opresión, el saqueo y abandono, nuestra respuesta es la vida”. Prueba de ello es la larga lista de científicos nacidos en esta tierra y que aporta valiosísimas ideas y esplendorosos hechos a la cultura de la humanidad entera.

¿Sabe usted quién fue la primera mujer periodista de Colombia? Doña Soledad Acosta de Samper. ¿Sabe usted qué la reacción química de Federico Lleras Acosta fue la precursora para descubrir el

bacilo de Hansen? ¿Sabe usted que quien descubrió que el sulfuro de carbono es el único disolvente del caucho, e inventó un reloj universal y además patentó los globos aerostáticos con envoltura metálica abriendo así paso a la confección de los aviones y que llegó a construir el telescopio más poderoso del mundo en su época? Carlos Albán, natural de Popayán. ¿Sabe usted que un solo colombiano, Miguel Antonio Andrade Rueda, ha encontrado seis especies nuevas de mariposas en nuestro país? ¿Sabe usted que el Índice Internacional de Nombres de Plantas fue elaborado por Alba Luz Arbeláez Álvarez, natural de Puerto Berrio? ¿Sabe usted que hay en Colombia quienes se codean con Mario Bunge, entre ellos Rubén Ardila Ardila, coautor de Filosofía y Psicología? Ardila es natural de San Vicente de Chucurí. ¿Sabe usted que el autor de la Historia General del Caquetá se llama Félix Artunduaga Bermeo? ¿Sabe usted que el físico e ingeniero eléctrico Carlos Arturo Ávila Bernal es un connotado participante mundial de la Física que estudia los choques de las partículas en busca de la llamada “partícula de Dios”? ¿Sabe usted que el fundador de la Universidad del Sinú José Elías Bechara Zainúm, es natural de Lorica? ¿Sabe usted que el primer estudio sobre maderas colombianas lo realizó Francisco Bayón Fernández, natural de Bogotá? ¿Sabe usted que el ingeniero agrónomo Rodrigo Bernal, clasificó científicamente la Palma de Tagua? ¿Sabe usted que Lucho Bermúdez fue el primero en difundir la música del Caribe en el interior del país y creó un nuevo ritmo musical? Lucho nació en el Carmen de Bolívar. ¿Sabe usted que el primer colombiano, José Joaquín Bohórquez, en hacer conocer el petróleo con fines industriales murió en la pobreza? ¿Sabe usted el que Jesuita Alfonso Borrero Cabal, nacido en Cali, acuñó una cátedra o la que llamó Universitología? ¿Sabe usted que el primer diagnóstico y aislamiento del virus de fiebre amarilla lo hizo en 1935 en los Llanos Orientales el subachoqueño Jorge Boshell Manrique? ¿Sabe usted que Jorge Eduardo Botero y su grupo de investigación ha logrado identificar más de 450 aves entre migratorias y residentes de la región andina? ¿Sabe usted que Luis Eduardo Bravo Ocaña, natural de Pasto, ha contribuido significativamente al estudio etiológico del carcinoma gástrico? ¿Sabe usted que el ingeniero mecánico, Juan Carlos Briceño Triana, realizó el estudio y la viabilidad para usar la viscosidad de la sangre como método de diagnóstico del cáncer y la leucemia?. ¿Sabe usted que el ingeniero agrónomo Alex Bustillo Pardey logró establecer que la broca del café la producía el hongo *Beauveria bassiana*? ¿Sabe usted que Segundo Cabezas, era graduado de la Academia Cordon Bleu en 1953 y que fue Chef en el Hotel Savoy de Londres y el Maxim’s de París? ¿Sabe usted que el caleño Francisco Xavier Caicedo Ferrer, el desconocido hermano de Martín, es reconocido mundialmente por sus contribuciones a la lógica matemática? ¿Sabe usted que el neurólogo y psiquiatra bogotano Alfonso Caycedo Lozano es el creador de la Sofrología? ¿Sabe usted que el expresidente (lo fue por 12 días) Salvador Camacho Roldán era un verdadero tratadista en la tributación moderna? ¿Sabe usted que César Carriazo Escaf, natural de San Marcos (Sucre) ha obtenido ocho patentes en el desarrollo de técnicas y tecnologías aplicadas a la oftalmología? ¿Sabe usted que el médico bogotano Juan de Dios Carrasquilla Lerma, introdujo el arado de hierro en la agricultura colombiana? ¿Sabe usted que Julio Carrizosa Valenzuela era un gran geómetra no euclidiano? ¿Sabe usted que desde 1990 está creado el desconocido premio Eduardo Carranza de Literatura? ¿Sabe usted que Elizabeth Castañeda del Gordo, de Ciénaga, es reconocida autoridad mundial en las enfermedades causadas por hongos y bacterias? ¿Sabe usted del gran aporte del pamplonés Álvaro Álvarez Mendoza como investigador de las culturas prehispánicas y de los grupos indígenas actuales? ¿Sabe usted que Farid Chejne Janna, de Ayapel, es todo un doctor en termodinámica aplicada e ingenierías alternativas? ¿Sabe usted que José Consuegra Higgins, natural de Isabel López, es el fundador de la Universidad Simón Bolívar? ¿Sabe usted que Raúl Gonzalo Cuero Rengifo, de Buenaventura, ha logrado que gran parte de sus investigaciones sean financiadas por la NASA? ¿Sabe usted que Antonio Curcio Altamar, de Tenerife fue el autor de la enciclopédica obra “Historia de la Evolución de la Novela en Colombia”? ¿Sabe usted que el mayor tratado de Filología de la lengua castellana, en el mundo, fue realizado por José Rufino Cuervo? ¿Sabe usted que el sabio Caldas fue el inventor del hipsómetro? ¿Sabe usted que Patricia Obando del Portillo, identificó el primer gen específico del bacilo de la tuberculosis humana? ¿Sabe usted que el caleño Alfonso Devia es el iniciador de la

nanotecnología en Colombia? ¿Sabe usted que Armando Dugand Gnecco, natural de Barranquilla, describió 133 especies, sub especies y variedades botánicas nuevas para la ciencia? ¿Sabe usted que la química Carmenza Duque descubrió 57 sustancias y fórmulas que sientan las bases para crear 12 medicamentos? ¿Sabe usted que la primera empresa comercial de aviación en el mundo, la Compañía Nacional de Navegación Aérea, fue fundada por el medellinense Guillermo Echavarría Misas? Un mes antes de la KLM que alega ser la primera en el mundo. ¿Sabe usted que el manizaleño Arturo Escobar, ingeniero químico y doctor en economía estableció la tesis de que el Tercer Mundo, no es un fenómeno realmente existente? ¿Sabe usted que el villavicense Gabriel Fernández Delgado tuvo el honor de presidir la Conferencia Mundial Raúl Marshal en la Sociedad Mexicana de Ingenieros Civiles en el año 2.000? ¿Sabe usted que la población de Madrid en Cundinamarca lleva éste nombre en homenaje al doctor en derecho canónico y en medicina, José Fernández Madrid, natural de Cartagena y autor de severos estudios sobre la disentería? ¿Sabe usted que el botánico Enrique Forero sistematizó 120.000 ejemplares de colección del Herbario de la Universidad Nacional? ¿Sabía usted que la primera mujer en obtener el título de médico en Iberoamérica fue la bogotana Ana Galvis Hotz quien adelantó sus estudios en la Universidad de Berna en el año 1877 y que como tesis de grado describió por primera vez, en una disertación acerca del epitelio amniótico la arquitectura cilíndrica de esta capa de tejido placentario? Aporte que aprovecharon para trascender sus profesores. Su diploma de grado está expuesto en la Academia Nacional de Medicina. ¿Sabía usted que la Unión Astronómica Internacional de Brighton (Inglaterra) honró al sabio Julio Garavito Armero, asignando su nombre a uno de los cráteres de la luna? ¿Sabía usted que Jaime García Serrano, natural de Málaga posee cinco Record Guinness como calculista matemático? ¿Sabía usted que el bumangués Edmundo Gavazza Villamizar, graduado en idiomas y literatura en Harvard, tiene el archivo más amplio de fotografías antiguas de Bucaramanga? ¿Sabe usted en qué consiste la Teoría Gorgona cuyo autor es Horacio Gómez Aristizábal? ¿Sabe usted que los estudios dirigidos por el médico quindiano Jorge Enrique Gómez Marín reportaron la asociación entre el consumo de agua clorada y la transmisión de protozoos patógenos? ¿Sabe usted que quien le brindó al país las alternativas de las celdas solares fue Gerardo Gordillo, doctor de la Universidad de Stuttgart? Y hay muchos otros científicos descritos en el libro “Colombia, País de Sabios” pues en este interrogatorio sólo llegamos a la letra G y faltan las demás letras, en donde se podrá apreciar la gran labor de los biólogos marinos en nuestros océanos, los abogados y economistas teóricos a nivel mundial, los historiadores, arquitectos, pedagogos, pintores, músicos, sociólogos, folcloristas, poetas, geofísicos, antropólogos, filósofos, biólogos, genetistas, ajedrecistas y hasta coreógrafos todos de talla mundial y reconocidos como grandes científicos en los ateneos y academias alrededor del mundo pero inmensamente ignorados en nuestra propia tierra.

Arrasadas todas las anatemas contra el hombre colombiano, vale aquí repetir el escrito del Premio Nobel de Literatura García Márquez: “ante esta realidad sobrecogedora que a través de todo tiempo humano debió de parecer una utopía, los inventores de fábulas que todo lo creemos, nos sentimos con el derecho de creer que todavía no es demasiado tarde para emprender la creación de la utopía contraria. Una nueva y arrasadora utopía de la vida, donde nadie puede decidir por otros hasta la forma de morir, donde de veras sea sentido el amor y sea posible la felicidad y donde las estirpes condenadas a cien años de soledad tengan por fin y para siempre una segunda oportunidad sobre la tierra”.

Villavicencio, Marzo de 2012